

otro con títulos á vuestro desprecio; el uno asociándoos á su gloria y el otro asociándoos á su infierno. Despues de tales consideraciones incontestables, no hay mas remedio que darse á Cristo sin reserva y sin tardanza. Mas para darse á Cristo sin reserva y sin tardanza, existen tres maneras, las cuales corresponden á tres enfermedades. Representaos tres hombres aquejados de un mal grave y que deseosos de la salud, el primero no quisiese ningun remedio, el segundo quisiese algunos remedios y el tercero todos los remedios. Este último, como es en este mundo el verdadero justo, será en el otro mundo el verdadero bienaventurado. Los que quieren la salud y no quieren el remedio han de considerar cuán criminal y protervo es su estado. Los segundos, aunque algo mejores, claudican todavía disputándole á Dios su dominio eminente y careciendo de una pasión verdadera, puesto que toda pasión resulta exclusiva en sí misma, sin considerar los cuitados que pierden el fruto de sus propias virtudes y atraen sobre su alma el rayo de temerosos peligros y aumentan las dificultades para su salvacion y paz eternas en vez de conjurarlas. La tercera clase está compuesta de todos aquellos que se dan á Dios por completo y sin reserva, queriendo su salud eterna constantemente y á cualquier precio. La razón y el sentimiento de consuno excitan á todos los pecadores á unirse con resolución firme á esta última clase de enfermos. Cuando tantos se sacrifican por el mundo, bien es que haya en el mundo quien se sacrifique por Dios; á ejemplo del Salvador, quien se sacrificó por nosotros sin reserva y en contra del demonio, quien allá en su mente y en su voluntad perversas no perdona medio alguno de corrompernos y no se da punto de reposo en la maligna obra de nuestra eterna perdicion.

Para mejor consecucion de fines tan altos, precisa humillarse como se humilló Cristo, revistiendo en su divinidad nuestra viciada carne y pasando en su excelsitud por nuestras grandes tribulaciones y dolores. Una oracion preparatoria debe apercibirnos á tan sistemática humildad. Y en esta operacion preparatoria, debemos aprender una dulzura y una modestia tales, como la dulzura y la modestia de Cristo. Renunciar, dimitir, abdicar, enajenar; hé ahí el fin de los ejercicios; y renunciar, dimitir, abdicar, enajenar hasta la propia naturaleza. Tres ejercicios hay que intentar para conseguir este ani-

quilamiento; y los tres ejercicios se basan á una en tres puntos capitales. El primer grado de la humildad consiste en la sumision absoluta, de tal suerte que se halle pronto el ánimo á rechazar el imperio del mundo entero si llegaran á ofrecérselo y hasta el goce de la propia vida tan cara y tan amable, antes que desobedecer á sabiendas y con voluntad ningun religioso precepto. El segundo ejercicio, que conduce al segundo grado de humildad, estriba en este otro punto, en la indiferencia del alma respecto á todas las cosas creadas. Al hombre todo debe serle igual, todo, el amor y el odio, la gloria y la infamia, la riqueza y la miseria, el imperio y la esclavitud, menos la consideracion de cometer un pecado, aun el mas venial. El tercer ejercicio estriba sobre un tercer punto que nos granjea el tercer grado de humildad perfecta, la cual consiste de suyo en abdicar conciencia, pensamiento, voluntad propias, hasta el extremo de ser aquello que nuestros superiores en el cielo y en el mundo prescriban, y de ser aquello que deseemos y queramos nosotros mismos. Y con esto se ha llegado al fin de la segunda semana y advenido al principio de la tercera.

El objeto de esta, es fortalecer el alma en la práctica de una existencia nueva y en la resolución de servir y venerar á Dios. Para mover á tal servicio, no hay como meditar los grados varios de la pasión de Jesus y pasar por todos ellos en cuerpo y alma. Todo verdadero educando ha de proceder como si estuviera en el huerto con las congojas y los sudores de Cristo, como si pasara por la calle de Amargura y recibiera los golpes de los sayones, como si escuchara las blasfemias de los judíos y las negaciones de los sacerdotes, como si las disciplinas se clavaran en sus espaldas, los abrojos en sus sienes, la amarga esponja en sus labios, los clavos en sus manos y en sus piés, la cruz toda entera en su cuerpo, llegando á sentir las angustias y agonías de la muerte allá en las cumbres del Calvario. Los ejercicios de tal semana, como tienden á imitar á Cristo en sus actos mas heróicos, empiezan por apropiarse la sangre y el cuerpo de Cristo en el sacratísimo misterio de la divina Eucaristía. Y Loyola quiere que se materialice tambien este misterio inmaterial; que se vea como los cielos abren sus alturas á la voz del sacerdote y envian el Redentor á la hostia; como el tabernáculo resplandece cual si fuera en su majestad la gloria misma; y las llamas de Cristo envian



luminosos rayos; como un aroma celestial se disuelve y disipa en los aires hasta embriagar el olfato, y una música suave hasta embriagar el oído de tal suerte, que la persona del Crucificado se materialice y podamos tocarlo como la Magdalena que besaba sus piés, como Santo Tomás que ponía el dedo sobre sus heridas. Y luego hay que estar en el Calvario, sentir los golpes del martillo en los clavos y el traspaso de los clavos por los propios miembros, escuchar los bramidos de los labios que blasfeman y los choques de las piedras que saltan, ver la Virgen María de pié, junto al árbol de la cruz, y el ángel de la muerte descendiendo á herir al autor de la vida. Y todo esto lo habeis de hacer tan materialmente que vuestra vista contemple la Pasión misma y vuestra oreja escuche todos los rumores de aquella tragedia y vuestro paladar guste los sabores de aquella hiel y vinagre, y vuestra nariz perciba el hedor de la sangre y vuestras manos toquen el patíbulo de la Cruz y el yerto cuerpo del Crucificado. Y con esto habeis concluido la tercera semana.

Y entráis en la cuarta. Y á virtud de todos estos ejercicios piadosos y de todas estas artes religiosas, habeis muerto como murió el Salvador para la vida humana y estais en actitud de resucitar como resucitó el Salvador para otra vida mas perfecta. En la última semana ya el triunfo está conseguido y el educando preparado á su transformacion. Aquí no tiene sino considerar cómo la divinidad de Cristo resplandece toda entera en su gloria y consagrarse al saboreo dulcísimo de esta sublime contemplacion. Precisa cambiar de método, puesto que se cambia de total estado. Precisa adelantarse como en el amanecer de un día primaveral, cuando la dulce alborada blanquea en los altos montes y los pájaros giran piando en los aires matizados de clara luz y las flores abren sus corolas fragantes y exhalan sus esencias purísimas y el órgano suena bajo las bóvedas de la iglesia y la campana de Pascua repica en la alta torre y un cántico de universal aleluya sube hasta la region de las estrellas. En tal estado, hay que ocupar el ánimo en risueños pensamientos y dar á los ojos el espectáculo regocijante del cielo y de la tierra. Si los ejercicios terminan en las estaciones buenas, debe darse el educando al goce de los campos, si en las estaciones frias y ásperas al goce del calor solar.

Ya puede tras esto el solitario volver al mundo. Pero así como se toman precauciones para salir de un cuarto abrigado al aire libre, deben tomarse precauciones para salir del retiro á la sociedad. Los mejores medios de conservar la salud adquirida en los ejercicios, son los siguientes: La consagracion, por lo menos, de una media hora todos los dias, al ejercicio de las meditaciones y de las contemplaciones; la frecuencia de la confesion y de la comunión una vez por semana; las reglamentaciones austeras de todos los actos pertenecientes á la vida individual; el nombramiento de un confesor exaltado y tenaz al mismo tiempo, las lecturas piadosas, la porfía por el allegamiento de virtudes sólidas, la devoción á María, el exámen general de conciencia y el retiro y apartamiento cada año, para lanzarse á los piés del confesor y poner en sus manos la voluntad entera, el pensamiento entero, el corazón entero, todo nuestro sér, á fin de que á su vez el confesor lo ponga en las manos de Dios. El buen jesuita debe abandonar su memoria para conmemorar lo que el superior desee recordarle, y la voluntad, para querer aquello á que el superior desee constreñirle, y la razón, para pensar aquello que el confesor desee inspirarle, pues, en la obediencia, y solo en la obediencia, se halla su perfección. El deber de todos los iniciados estriba en servir á la autoridad suprema como sirve al rey el cetro, como Abraham sirvió á Dios en el sacrificio de su hijo Isaac, sin preguntar la razón del mandato y sin hacer otra cosa mas, que someterse y entregarse á una ciega obediencia. Hé ahí el objeto de todos estos ejercicios tan largos, de la meditación prolija, de las contemplaciones varias, del ayuno y la penitencia, de esa sobrecitacion prestada con tanto cálculo á los sentidos, de ese ordenamiento mecánico de la vida: el objeto único de tanto trabajo y esfuerzo y empeño, es la *mirvana india*, el total aniquilamiento y desaparición de nuestro sér.